

Título original: *Natikeun Sesang*

Esta obra se publica con la ayuda de:



*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística
fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© *Hwang Sok-yong*, 2011
© de la traducción: *Luis Alfredo Frailes Álvaro*, 2017
© *Alianza Editorial, S. A., Madrid*, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-879-4
Depósito legal: M. 22.332-2017
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

EN LA ORILLA opuesta del río, hacia el final de los prados, se ponía el sol. Al volver al paisaje, su mirada, distraída unos instantes, le deparó un astro redondo, tan grande que le causó asombro, dado ya a una trayectoria descendente por el cielo que lo hacía asemejar a una manzana que cayera de un árbol. El camión dejó atrás los suburbios, avanzó por la carretera ribereña y, antes de reanudar su marcha, permaneció detenido unos instantes en las inmediaciones del puente, donde su avance se vio frenado por el tráfico.

Fuertemente asido a una columna metálica, en pie justo detrás del asiento del conductor, el muchacho viajaba con su vista puesta en el sentido de la marcha, dominando tanto la orilla del río como la carretera por la que el vehículo progresaba. El joven y su madre habían subido a aquel camión de basura en un distrito del este de la gran ciudad. En pleno embotellamiento, el vehículo avanzaba con lentitud, se detenía con frecuencia, hasta que se desvió de la carretera ribereña y, bordeando el cauce del brazo estrecho del río, se adentró por una vía sin pavimentar. La oscuridad aumentaba por momentos; no quedaban más luces que las rojizas de

poniente. En la orilla norte, de espaldas a un cerro, se asentaba una pequeña población suburbana y los tintineos de las ventanas delataban un acogedor crepitar de los hogares. El joven creyó que su madre y él iban a instalarse en alguna de aquellas casas.

En la orilla de Poniente el viento doblaba las altas eulalias, causando la súbita sensación de llegar a alguna tierra desconocida y remota. Una nube de polvo iba envolviendo el camión, que encendió sus faros. A medida que el camino se iba arqueando hacia un rumbo contrario al del lugar donde el chico había divisado el pueblo y sus hospitalarias luces, el vehículo acometió un camino de pendiente pronunciada. En la oscuridad, comenzaron a impactar contra el rostro del joven cosas, quizá granos de cereal, que revoloteaban por doquier. La caja de aquel camión, cargado hasta los topes de la basura que había ido cargando en los puntos de recogida de la zona Este de la ciudad, iba abarrotada de pasajeros. Aparte de la mujer y el joven, viajaban tres hombres y dos mujeres más. Todos iban sentados en plásticos acondicionados al efecto, del tamaño adecuado y en los que enrollaban las piernas, fuertemente aferrados a los listones laterales. En aquel momento, comenzaba a colarse en el habitáculo un olor peculiar que los pasajeros tardaron en detectar, pues habían hecho todo el trayecto rodeados de basura.

Sin embargo, tan pronto el camión, remontada la cuesta, se detuvo en un descampado de considerable amplitud, se vieron asaltados por un olor tan poderoso que dificultaba la respiración, una hediondez insoportable que parecía mezcla de heces y orines, de agua de cloaca y alimentos en descomposición, de soja pasada y chamuscada. En la oscuridad, enjambres enteros de moscas se pegaban incesantemente a la cara, a los antebrazos y a la ropa. Se posaban con todo descaro en la comisura de los labios y en torno a los ojos, donde desplegaban fríos y pegajosos tentáculos.

El chico no le revelaba su nombre a cualquiera, y menos su apellido. Eso de decir el nombre en voz alta, con apellido y todo,

era cosa de los chiquillos que iban a la escuela, ya fuese a la primaria o semejante.

Él tenía catorce años, pero en el barrio donde se había criado era costumbre añadirse dos. Un momento tan crítico como aquel en que los *hyong* del barrio se dispusieron a hacerle una comprobación de vello púbico lo había resuelto acometiendo a uno de aquellos muchachos, que acabó con un diente roto. Como era de esperar, los demás se abalanzaron sobre él y sus fosas nasales no tardaron en sangrar copiosamente. Acaso le hubieran roto alguna costilla pues, durante un mes entero, sintió entumecido y frío todo el pecho cada vez que inhalaba o exhalaba. Su honra, eso sí, había quedado a salvo.

En aquellas callejuelas empinadas del barrio, sus compañeros de correrías le habían puesto varios mote diferentes, entre ellos *Kebi*, Larguirucho y Ojos Saltones. Lo de *Kebi* tenía su origen en el apodo *Bangakebi*, con que se refería a él aquel tutor del cuarto curso, porque tenía las extremidades largas y se le daba bien correr, y con el tiempo le acabaron quitando lo de *banga*. En cuanto a Larguirucho, hacía alusión a la longitud de su cuello y miembros, que guardaban una similitud nada desdeñable con los de una cigüeña o los de una grulla.

Ninguno de aquellos apodos le agradaba en exceso, pero Ojos Saltones, al menos, no le molestaba. Aquel nombre se lo encasquetó un agente de policía del barrio donde vivía a raíz de un incidente. Un grupo de críos rompió un cristal del destacamento y se dio a la fuga, pero les dieron alcance y, a modo de castigo, les pusieron en una esquina con los brazos alzados y de rodillas. Estando el chico de aquella guisa, el policía le arreó diez golpes en la cabeza con un manojo de documentos mientras gritaba: «¡Ha-brase visto, qué fresco, cómo me mira con esos ojos saltones, que parece que me va a perforar! ¡Quiero hablar con tu padre, biche-jo!».

A partir de aquel día, el muchacho reaccionaba liándose a golpes cuando los chicos de su pandilla lo llamaban de cualquier forma que no fuese Ojos Saltones, mote que pasó a usar siempre que se presentaba a chicos de su edad. Así fue, en fin, como un apelativo que, en origen, le había sido asignado de un modo tan arbitrario y para distinguirlo de los chicos de clase media, que usaban sus nombres reales, acabó suponiendo para él una suerte de trofeo de su paso por la comisaría, algo equiparable a los antecedentes penales en un adulto.

Ojos Saltones solo fue a la escuela hasta el primer bimestre de quinto de primaria. El puesto de venta ambulante que su madre tenía en el mercado les reportaba apenas lo suficiente para pagar la mensualidad del cuartucho donde vivían, situado en un barrio humilde y de callejas empinadas, así como para hacer tres comidas al día. El chico pasaba el día zascandileando con otros jóvenes por las callejuelas del barrio hasta que pasaba su madre y la acompañaba al mercado. Allí, la mujer montaba su tenderete y el chico se empleaba de recadero para tiendas de ropa y talleres de confección. Aquellas se ubicaban en edificios decentes de la calle principal; los talleres, en cambio, ocupaban locales alquilados por los dueños en tenebrosos callejones y recovecos del mercado, y cada uno de ellos empleaba a cuatro o cinco costureras y estaba equipado con unas cuantas máquinas. El trabajo del joven consistía en desplazarse a la carrera de los talleres a las tiendas, acarreando las piezas terminadas, o bien hacer el recorrido inverso con las telas, hilo, botones y materiales de costura en general.

Una tarde, cuando la oscuridad se cernía ya sobre el mercado, Ojos Saltones no halló a su madre en el lugar donde esta montaba siempre su puesto.

—Oiga, ¿adónde ha ido mi madre? —preguntó a una vendedora que estaba desmontando su tenderete.

—Se debe de haber *echao* novio... —le respondió la comerciante, entre risas.

—Creo que ha venido tu padre... —intervino entonces otra vendedora.

—¿Mi padre? —replicó, extrañado.

Siguiendo la indicación de la vendedora, Ojos Saltones se adentró por las calles donde estaban los puestos de alimentación, una zona donde el ambiente estaba cargado de los aromas del pescado asado, de la morcilla hervida en sopa. Se fue asomando a todos los establecimientos que flanqueaban la calle y dio vueltas por la zona hasta que, de pronto, vio a su madre. Estaba en una casa de comidas, sentada con un desconocido.

El hombre estaba girado y no se le veía el rostro; iba enfundado en una chaqueta de motivos militares y llevaba una gorra azul. Vacilante, Ojos Saltones se adentró en el local y su madre, al reconocerlo, le hizo un gesto con la mano. Al acercarse el joven a la mesa, aquel hombre giró la cabeza y extendió una mano como para acariciar a Ojos Saltones, pero este apartó la cabeza y se echó hacia atrás. Aquel hombre no era su padre.

—Cómo ha crecido —comentó el extraño, visiblemente incómodo—. Si parece que fue ayer cuando iba a gatas...

—Saluda a este señor —dijo la mujer—. Es amigo de tu padre.

Ojos Saltones inclinó la cabeza, tomó asiento junto a su madre y observó minuciosamente la fisonomía de aquel desconocido. De nariz rolliza, ojos grandes y expresivos, no le causó mala impresión. Tenía, eso sí, una mancha azulada que iba desde debajo de sus ojos hasta cubrir parte de su mejilla izquierda. El joven no tardó en comprender por qué aquel rasgo le resultaba familiar: le recordaba el rostro de Ashura, aquel personaje de capa azul y morada que tenía medio rostro blanco y medio azul, aquel villano, mano derecha del Dr. Hell y que siempre estaba

urdiendo malévolos planes contra Mazinger Z, el robot justiciero. Curiosamente, la visión de aquel hombre y de su mancha cutánea infundió a Ojos Saltones un ánimo heroico que le hizo apretar los puños.

—Pues, lo que te iba contando —dijo Ashura a la madre del chico, como reanudando una interrumpida perorata—, tendrías casa propia y todo. Una chabola de tablones, eso sí, pero fíjate, no tendrías que pagar alquiler. Y ganarías tres veces más que aquí. Ya me dirás dónde se encuentra un trabajo como este hoy día...

—El padre de este... —explicó, en tono ligeramente formal, la mujer, que, con cara de interés, asentía y escuchaba a aquel hombre con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante—, no sé cuándo saldrá de... La verdad, si nos inscribieras allí, nos harías un gran favor; podríamos tirar adelante.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó entonces Ashura, dirigiendo una mirada a Ojos Saltones. El joven, que tenía los puños sobre la mesa, mantuvo la boca cerrada a cal y canto, pues no podía en modo alguno decir que tenía dieciséis años delante de su madre. Fue esta quien respondió en su lugar:

—Catorce.

—¿Solo catorce, con ese corpachón? —replicó Ashura, abriendo la boca de un modo exagerado—. Pues tú, cuando te pregunten, di que tienes dieciséis.

—Todos mis amigos ya han cumplido los dieciséis... —murmuró Ojos Saltones, muy a su pesar y con cierta timidez.

—Bien, bien —comentó el hombre—. Entonces ya estarás por terminar la secundaria. A todo esto —añadió, dirigiéndose de nuevo a la mujer—, si a ti te inscribo para la primera tanda, el crío te podría ayudar en la segunda, clasificando el género. Podrías ganar el doble que los demás, ya te lo digo.

Al llegar a casa, Ojos Saltones notó que su madre, acaso debido al entusiasmo, no podía conciliar el sueño.

—Esto nos viene como anillo al dedo —comentó—. Justo ahora que nos andan queriendo echar de este cuchitril, que estaba yo que no me llegaba la camisa al cuerpo. Qué más podemos pedir; nos dan trabajo y casa. Por fin un respiro...

LOS PADRES DE Ojos Saltones habían crecido juntos en un orfanato, de donde el padre se fugó. Tras pasar un tiempo dando tumbos por la ciudad, consiguió colocarse al frente de un grupo de chatarreros subcontratados por el ayuntamiento y que comenzaba su actividad por entonces. La recogida de residuos estaba organizada por distritos y el padre de Ojos Saltones se puso al cargo de una concesión que, aunque pequeña y sin almacén propio, permitía a la gente vivir de la recuperación de residuos urbanos. Fue entonces cuando acudió en busca de quien más tarde sería su mujer, la madre de Ojos Saltones, quien, aunque ya mayor de edad, seguía viviendo en el orfanato y trabajaba en una guardería con críos en torno a cinco años. A menudo aparecían entre la basura objetos robados en buen estado y sobre los trabajadores del acopio de basura recaía a veces la acusación de robo. Además, la proliferación de los atracos en el distrito hizo cotidiano el paso de aquella gente por la comisaría, de donde tampoco era infrecuente recibir peticiones de un chivo expiatorio a quien encasquetarle casos. Para quienes contaban con antecedentes, era habitual responsabilizarse de los robos; pasar una temporada a la sombra se convertía en algo normal. Una vez fichado, uno podía dedicarse más fácilmente a cosas como robar cobre o aluminio de las puertas metálicas. Por otra parte, cuando alguna vivienda parecía desocupada, los concesionarios de la recogida de basura de áreas residenciales, atentos a los indicios, entraban y la dejaban limpia.

El padre de Ojos Saltones llevaba en paradero desconocido desde hacía unos años, cuando el chico dejó la escuela. En parte, el

que no fuera a clase se debió a los problemas originados por la falta del cabeza de familia. Al ver que no regresaba, Ojos Saltones y su madre, que ya habían pasado por aquella experiencia en varias ocasiones, lo esperaron durante quince días pensando, sin más, que lo tendría la poli. Mas esta vez, por algún motivo desconocido para ambos, la ausencia de noticias fue total. No se produjo la habitual llamada telefónica de la comisaría del barrio o del distrito, a través de la cual la autoridad, en otras ocasiones, les facilitaba la dirección del calabozo donde estaba el padre de Ojos Saltones. Las noticias que tuvo la madre esta vez llegaron de forma un tanto ambigua y por boca de un joven que había trabajado con él en la recogida de basura. Según le contó, había un jefazo que, al asumir su cargo, se comprometió a limpiar la sociedad no solo de gánsteres, exconvictos y pandilleros, sino también de la gente tatuada y, en general, de todo aquel que transmitiera inseguridad a la ciudadanía o contribuyese, con sus actos, a sembrar la discordia social. Les echaría el guante a todos, sin distinción de edad, y los internaría en centros de reeducación, de donde saldrían convertidos en «seres nuevos». Al parecer, mucha gente que se dio por desaparecida, incluido el padre de Ojos Saltones, se hallaba en aquellos centros de reeducación, creados al calor de los cuarteles militares.

La situación en casa nunca había sido muy boyante pero, hasta entonces, al menos, no habían tenido que preocuparse en exceso por el sustento. Esto cambió con la falta del cabeza de familia, que empujó a madre e hijo a una vida de incesante trasiego para llenar la despensa. Ojos Saltones aún asistía a la escuela, donde los críos de las torres de apartamentos se mofaban llamándole mendigo. Él, por su parte, no vacilaba en poner en juego puños y pies para hacerles besar el suelo.

—VENGA, QUE NO hay tiempo —exclamó de pronto el conductor, bajando la ventanilla y mirando hacia atrás—. Vayan bajando, deprisa.

Los pasajeros del camión se pasaron unos a otros sus respectivos equipajes —en el caso de Ojos Saltones y su madre, un barreño y un bolso de plástico donde habían empaquetado colchas y unos cuantos utensilios— y comenzaron a descender del camión. El conductor, sin dejar de apremiarles, arrancó el motor en actitud airada, produciendo una nauseabunda humareda.

Apenas pusieron un pie en tierra, junto a un gran montón de basura, vieron aparecer unos seres ataviados con botas largas de goma, gorras diversas, cascos de obra, guantes también de goma, rostros cubiertos por voluminosas máscaras y, como si de mineros se tratase, reflectores sujetos en la frente. Uno de aquellos individuos, que parecían astronautas, se acercó a Ojos Saltones y a su madre y, aunque se quitó la máscara, tardaron en reconocerlo.

—Soy yo —dijo—. Seguidme.

Al escuchar aquella voz, la madre de Ojos Saltones cogió de la mano al joven y siguieron al señor Ashura, quien, sin dificultad, se colgó en el hombro el bolsón de las colchas, agarró con una mano el bolso de plástico y echó a andar seguido de madre e hijo. Estos se ocuparon de acarrear la palangana, que contenía objetos domésticos de poco valor, asiéndola de extremos opuestos. Al pie del montículo de basura, al que los camiones, con estruendo de motor y levantando nubes de polvo, se encaramaban, se apreciaba un leve titilar de luces. Más de cerca, aquellos focos luminosos se revelaron chamizos de formas variopintas, todos confeccionados con tablo-nes. Algunos estaban cubiertos con carpas; había también estructuras hechas combinando tablones de madera en un marmágnum y cubiertas con plásticos; otras eran un conglomerado de fragmentos de rótulos, cartones y cosas por el estilo.

De escasa altura, y tan pegadas entre sí que apenas permitían el paso de una persona, las chabolas se extendían en una hilera tan larga que se perdía en la oscuridad, y que discurría paralela a un sendero de la anchura aproximada de un coche. Las luces que brillaban en algunas ventanas de plástico daban fe de que las viviendas estaban habitadas, y en los ocasionales huecos que quedaban allá donde faltaba alguna chabola, se extendían pequeños descampados. En uno de estos espacios ardía una fogata y unos hombres, en corro, cocinaban algo mientras tomaban *soju* y *makkoli*. Ashura les presentó a la madre de Ojos Saltones:

—Es como si fuera mi hermana —les dijo—. Los he inscrito a ella y al crío; los podéis considerar familia.

—¿Eh? ¿Mano de obra nueva? —gruñó uno de aquellos hombres, mirando de arriba abajo a la madre a la vez que colocaba una lata sobre la hoguera y soplabla el fuego.

—Exacto —confirmó Ashura, bien metido en su papel de jefe, adoptando un tono solemne y propio de quien estuviera estampando en la mujer un sello de acreditación—, y, con ella, el número de trabajadores inscritos en esta cuadrilla asciende a cuarenta y cinco.

EN CUANTO AL muchacho, que estaba de pie detrás del grupo, nadie pareció reparar siquiera en su existencia.

—No sé, jefe —replicó aquel hombre—. En la zona cada vez es más difícil encontrar género bueno. Estamos preocupados.

—Bueno, eso es como todo; va por rachas —replicó Ashura—. Y no todos los días llega mano de obra nueva, ¿no? Venga, que os invito a una ronda. —Y añadió—: Creo que la choza del viejo yesero se ha quedado vacía...

—Pero de eso hará ya tres o cuatro días —señaló aquel hombre—. Antes he ido a echar un vistazo y no había ningún sitio en condiciones.

Acompañados por Ashura y dos de aquellos hombres, Ojos Saltones y su madre fueron a ver la chabola desocupada, de la que no hallaron ya más que el espacio vacío. Como si de una alfombra se tratase, alguien se había llevado el vinilo del suelo, y de la capa de cartón ondulado solo quedaban unos fragmentos empapados.

—Vaya —exclamó uno de los hombres que los acompañaban, levantando uno de los trozos—, está solo el poliestireno.

—Hay que llevarse todo esto y, aunque sea, hacemos otra chabola allí, pegada a la mía —dijo entonces Ashura, suscitando en los dos hombres una serie de murmullos y risas maliciosas.

—Estando viudo —decía uno— es normal que quiera compañía...

—Bien —dijo Ashura, fingiendo no oír los comentarios y tomando la iniciativa en el plegado y recogida de los materiales que quedaban—. No hay más que poner los cartones nuevos y el vinilo. En menos de una hora, estará listo.

Siempre guiados por Ashura, Ojos Saltones y su madre llegaron a una esquina donde terminaba la hilera de chabolas. El lugar no tenía mala pinta; al ubicarse en un confín del poblado, quedaba a cierta distancia del lugar por donde transitaban los camiones que constantemente llegaban a engrosar los montículos de basura. Mientras los tres hombres acopiaban materiales varios para la construcción de la casa, madre e hijo depositaron sus bártulos junto a la choza de Ashura y, en cucullas, esperaron.

—Bah —protestó el joven—. Y yo que creía que nos íbamos a vivir al campo.

—¿Qué pasa? —replicó la madre, con un suspiro—. Aquí también vive la gente y no les pasa nada...

—¿Gente? —apuntó Ojos Saltones, como escupiendo las palabras—. Esto es el paraíso de la basura y de las moscas.

—Pero si toda esa basura luego se vuelve dinero —alegó la madre, en un tono de forzado júbilo.

OJOS SALTONES AÚN no sabía de qué material estaba hecho aquel montículo, tan negro que destacaba aún en la oscuridad. En una alternancia de voceríos y ruidos de materiales, los tres hombres fueron llegando con sendas carretillas, donde llevaban lo que en el vertedero habían recogido para la construcción de la chabola. Había leños de diferentes longitudes, cajas de pescado provenientes del mercado de alimentos, fragmentos de plástico y variopintos techos, de los que cubren los chiringuitos, fragmentos de filtros y trapos negros de los que se usan en los invernaderos, trozos de vinilo y parqué, todo mezclado formando un *collage* de todos los diseños y colores. En menos que canta un gallo, la zona en la que iban a montar la chabola se vio transformada en un ajetreado taller donde, además, se congregaban residentes de las chabolas colindantes para ayudar en el trabajo. Bajo la supervisión de Ashura, comenzaron por cortar a una longitud determinada los maderos que harían las veces de vigas. Una vez montado el armazón, fueron añadiendo los apoyos en oblicuo.

Por medio de martillos de oreja, desmontaron las cajas de pescado, prepararon los tablones y los fueron clavando hasta formar el intrincado maderamen de las paredes, que quedaron profusamente tapizadas por su cara interior gracias a las capas de poliestireno extruido y cartón ondulado que añadieron después. Sobre el suelo desnudo, extendieron plásticos y añadieron una capa de poliestireno, que cubrieron posteriormente con el cartón ondulado obtenido al desmontar las cajas. Con una capa de vinilo, quedó rematado el suelo. A modo de tejado, instalaron un en-

tramado de tablones que cubrieron, por ese orden, con poliestireno, cartón ondulado, una capa más de trapo y fieltro y otra de vinilo y, para evitar que el viento se lo llevara, lo fijaron con una hilera de clavos. Por último, cubrieron el tejado con la falda de una carpa de chiringuito, y aquella choza de cuatro *pyong* de superficie quedó completa.

La nueva chabola tenía un aspecto muy digno y, al estar pegada a la de Ashura, las dos parecían formar una sola vivienda. Ashura tomó unas piedras aplanadas y les puso unas velas que iluminaron el interior. La madre de Ojos Saltones sacó del bolsón unas prendas usadas y empezó a quitarles el polvo con garbo. El vinilo, de motivos florales que se revelaron al incidir sobre su superficie la luz titilante de las candelas, adquirió un aspecto casi majestuoso.

—Esto es cosa de magia —exclamó la madre, en tono de admiración e inspeccionando meticulosamente el interior de la vivienda—. Aquí ponemos un *camping* gas y podemos hasta cocinar.

—No os preocupéis, aquí tendréis de todo —habló la cara de Ashura, ondulante a la luz de la vela y cuya mancha cutánea resultaba aún más prominente de lo habitual. Y, con una sonrisa, añadió—: Venga, ahora a saciar el hambre... y la sed.

Salieron a un espacio abierto donde brillaba una fogata. En la cazuela, dispuesta sobre una lata cortada que hacía las veces de fogón, algo hervía, desprendiendo un aroma agradable.

—Esto *pa* que compréis unos *ramyon* y cuatro o cinco botellas de *soju* —indicó Ashura a uno de los hombres que habían ayudado a montar la chabola, acercándole unos billetes, y preguntó después—: ¿Qué tenemos para acompañar el *soju*?

—¿Qué va a ser, jefe? —respondió uno de los hombres, ataviado con un casco de obra que le daba cierta gracia—. ¡La sopa especial de la Isla! Y picantita; le he puesto un montón de *kochud garu*.

Ojos Saltones regresó de la pequeña tienda de ultramarinos a la carrera con una bolsa de plástico. No sin cierto esfuerzo, Ashura abrió el sobre que encerraba el *ramyon* y comenzó por verter en la cazuela el contenido de un sobrecito que llevaba el aderezo. Cuando se disponía a agregar los tallarines, el tipo del casco lo detuvo:

—Eso al final, *hyong*; primero, mejor, nos comemos la chicha...

—Vaya, es nuestro día de suerte —comentó Ashura—. Esto parece jamón york del de verdad; viene de la Cooperativa...

—Pues claro —comentó otro de aquellos hombres—. En la vida estamos *pa* colaborar.

—*Usté* también, jefe, tendría que dejar esta concesión y coger una privada...

—Pero, ¿cuánto hay que pagar por una concesión privada? —terció el del casco.

—El caso es que todo el género interesante está en las zonas privadas —masculló Ashura, con una expresión áspera en el rostro—. En las públicas, la vida es dura.

EL DEL CASCO sacó una cuchara doblada de un bolsillo de su chaqueta, la restregó un poco en el vuelo de su camisa y la introdujo en la cazuela para probar el humeante guiso.

—¡Esto está de muerte! —exclamó.

—Los nuevos miembros de la familia que se echen sin miedo —dijo entonces Ashura, animando a madre e hijo a que se sirvieran a gusto de aquel caldo y ofreciendo trozos de salchichas y jamón york al chico.

—Esto sabe igual que el *budae jjigae* —comentó la madre, dirigiéndose al joven en voz baja tras probar el guiso con cautela.

Ojos Saltones, entonces, se sirvió un trozo de salchicha. Por su forma de comer, madre e hijo parecían estar compitiendo. Los

hombres, entonces, improvisaron unos vasos con recipientes vacíos de yogur recogidos del vertedero, a los que arrancaron la parte superior, y tras sacudir un poco el polvo que los cubría, los llenaron de *soju* y los hicieron circular entre los comensales.

Apenas se extendió el aroma del guiso, invadió el lugar un enjambre de moscas. Se posaban por doquier; eran tantas, y tan atrevido su ataque, que hasta daba miedo tomar la comida con los palillos. Permanecían aferradas a la comida hasta el momento de entrar en la boca, solo el aliento las hacía volar y tampoco entonces se alejaban demasiado. Algunas, incluso, no empezaban a revolotear sino al contacto con la lengua. Los allí reunidos comentaban:

—Hay que ver... Qué energía tienen aún las puñeteras.

—Se ve que de noche andan revoloteando por ahí y el fuego las revive.

—Joder... Yo que creí que con el verano me despediría de ellas, y las puñeteras se nos van a quedar hasta la Fiesta del Otoño...

—No os quejéis. Las moscas que tragamos durante el verano son una forma como cualquier otra de nutrirse.

A pesar de no dejar de cazar moscas mientras comía, Ojos Saltones no podía evitar que algunas quedasen flotando en el caldo y, al tragarlas, le produjesen toses y carraspeos. Tomando de la cazuela el *ramyon* que había quedado, Ashura le dijo a la madre:

—Ya te lo digo; para trabajar aquí, lo primero es adaptarse a ciertas cosas...

Como el intercambio de vasos de *soju* entre los adultos se prolongaba, Ojos Saltones se escabulló, y la madre se quedó con Ashura, quien le ponía al corriente de las circunstancias propias de aquel lugar. De regreso en la recién construida chabola, Ojos Saltones prendió una cerilla, encendió una vela y se tumbó sobre el terso vinilo. El nuevo hogar le resultaba significativamente más espacioso y acogedor que su antigua casa.

Desde el suelo atisbó entonces la mitad de una cabeza que, asomada a la entrada de la chabola, parecía escudriñarle desde el exterior, y que desapareció en cuanto él alzó la suya. Ojos Saltones se puso en pie como un resorte y clavó la mirada en la entrada del chamizo. Tal como esperaba, la cabeza desconocida volvió a asomar tímidamente.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

La cabeza volvió a desaparecer y se oyó una risilla explosiva. Ojos Saltones avanzó sobre sus rodillas hasta el umbral, hecho de tablones cubiertos de plástico. La entrada en escena del autor de aquella risa fue de esas que suelen ir acompañadas de un «¡tachán!».

El crío que entró en la chabola, aparentemente bastante más joven que Ojos Saltones, llevaba una gorra de béisbol medio rota y ladeada, ropa deportiva y un pantalón vaquero cortado que resultaba grande para su porte.

—¿Qué pasa? —dijo Ojos Saltones.

—Eso digo yo —replicó el crío, entre risillas.

Airado, Ojos Saltones le arrebató la gorra, que inspeccionó sobre la marcha. Tenía grabada una letra pequeña, símbolo de un equipo de béisbol. Demasiado grande, acaso, para la cabeza que cubría, iba doblada y cosida por la parte de atrás.

—¡Trae eso aquí! —protestó el muchacho—. ¡Devuélvemela ahora mismo!

Ojos Saltones echó la gorra hacia atrás, ocultándola, y se disponía a arrearle un coscorrón a aquel chico cuando reparó en una calva que le cubría toda la parte izquierda de la cabeza, desprovista de cualquier mechón de pelo y con la piel arrugada.

Sin tan siquiera descalzarse, el chico se abalanzó al interior de la chabola, circunstancia que obligó a Ojos Saltones a lanzar la gorra por la puerta. A toda velocidad, el niño la recogió del suelo y se la volvió a poner.

—¡Maldito! —protestó el crío, escupiendo al suelo.

—Oye, lo siento —replicó Ojos Saltones—. ¿Dónde vives?

—Aquí —explicó el muchacho, apuntando con los labios a la choza que estaba justo al lado.

—¿Con Ashu... Con el encargado de la zona?

El niño asintió y, como si le hubieran preguntado más, empezó a agregar explicaciones:

—El encargado es mi padre. Madre no tengo; vivimos solos los dos. Mi padre nunca me habla.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó Ojos Saltones.

—Porque dice que no soy listo —respondió el chico, agachando la cabeza.

Ojos Saltones pensó que aquello probablemente era verdad, pues se notaba que al chico le faltaba algo. Se dijo también que, tratándose del hijo del jefe, sería conveniente llevarse bien con él. Con un gesto de la mano, le instó a esperar unos instantes, sacó una caja de chapa, que algún día habría contenido galletas y donde ahora guardaba sus posesiones más preciadas, y, revolviendo su contenido, dijo:

—Mira, el robot invencible, Mazinger. Te lo regalo.

Para Ojos Saltones, aquel muñeco ya solo representaba recuerdos de tiempos pasados y le resultaba embarazoso enseñárselo a chicos de su edad. La parte plástica de las articulaciones ya tenía holgura, pero los muelles que accionaban los misiles que lanzaba por los brazos aún conservaban la tensión. Aquel Mazinger Z se lo había regalado su padre un día en que también trajo plátanos. Lo había encontrado en una pila de desechos, junto con coches de carreras, bloques de madera para construir y otros juguetes abandonados.

—Mira, si aprietas aquí... —explicó Ojos Saltones, presionando la parte extruida de las articulaciones.

Los puños de Mazinger salieron volando hacia delante, causando en el joven vecino tal alborozo que hasta dio patadas en el

suelo. Ojos Saltones recogió las proyectadas piezas, que encajó de nuevo en los antebrazos del robot, y, hecho esto, le entregó el muñeco al vecino.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Trasquilón.

—¿Trasquilón? Jo, vaya nombre —exclamó Ojos Saltones.

Por algún motivo, aquel chico le resultó simpático, y asimismo le agradó comprobar que, como en su antiguo barrio, en aquel lugar también se usaban apodos en lugar de los nombres reales. Al preguntarle su edad, Trasquilón, sin pensarlo, abrió las dos palmas de las manos, las cerró y, después, mostró un dedo.

—¿Qué? ¿Diez y uno? —preguntó Ojos Saltones, algo extrañado—. O sea, que no te llevo más de tres años.

—Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó Trasquilón, presionándole el pecho con un dedo.

—Ojos Saltones.

—¿Ojos...? Sapo, Sapito, ojos saltoncitos —exclamó Trasquilón, tan divertido que se curvó hasta casi llegar al suelo.

CON UN GESTO de la mano, Trasquilón indicó a Ojos Saltones que lo siguiese y, tomando la delantera, echó a andar a buen ritmo. Ojos Saltones lo siguió vacilante y, cuando habían caminado apenas unos instantes, le interpeló:

—Oye, ¿adónde me llevas?

—Sh... Alto secreto —susurró Trasquilón, volviéndose de pronto y poniéndose un dedo en los labios—. Como se enteren los mayores, se lía buena.

—Pero, ¡dime adónde vamos! —insistió Ojos Saltones.

—Tú sígueme.

Ojos Saltones había oído que en todo el poblado vivían unas dos mil familias, pero, al recorrer, junto a Trasquilón, el sendero